

VIENA

La ciudad donde nunca conseguí un plano que no fuera en alemán, la ciudad que nunca he podido ver del todo, sus interiores se me han resistido, quizás porque la magnificencia de sus signos externos no me han dejado libre ningún rincón de mi mente que me concediera deslumbrarme todavía más. Cuando pienso en ella no puedo evitar que se asomen a mis recuerdos la imagen, casi hecha realidad, de un Stefan Zweig, magistral conocedor de la mente humana, y el volumen de sus memorias *El mundo de ayer*, que escribió cuando ya se había exiliado. Dice en ese libro: “Nací en 1881, en un imperio grande y poderoso –la monarquía de los Habsburgos- pero no se molesten en buscarlo en el mapa: ha sido borrado sin dejar rastro. Me crié en Viena, metrópoli dos veces milenaria y supranacional, de donde tuve que huir como un criminal antes de que fuese degradada a la condición de ciudad de provincia alemana.” Esa obra constituye un gran retrato (personal) de la Europa del siglo XX, con sus dos guerras mundiales, recordándonos que hubo otra vez un periodo de paz en Europa en el que la confianza, la esperanza y la seguridad eran la norma. Después vino el odio, la desmembración, la maldición de los nacionalismos, ese envenenador de la flor de la cultura europea. Toda una lección de la historia para aquellos que, todavía hoy, por aquí de eso algo sabemos, buscan convertirse en ridículos napoleones de su ínsula Barataria. Zweig nunca dejó de creer en la unión de nuestro continente. Quizás ese recuerdo y el esplendor de Viena, de la que el escritor dijo que “en ningún otro lugar era más fácil ser europeo”, sean los que me induzcan a que la Unión Europea bien se la merecía como su capital. Craso error suspirar por tal pretensión, a los políticos no se les puede pedir demasiado. Añádase a lo dicho, por si se necesitara algo más, que Freud, otro vienés famoso, más realista, era un convencido de que nuestra civilización siempre estaba presta a dejarse llevar por las fuerzas destructoras del infierno. Ayer, Hoy también, Siempre, nos encontraremos con el hombre, ese perpetuo generador de negras sombras que se proyectan inevitables, día tras día, sobre las páginas de la historia.

Viena fue la gran ciudad de la cultura, de la música sobre todo, de los palacios de la corte y la nobleza, de la famosa calle Ringstrasse con sus edificaciones suntuosas y de la insospechada catedral de San Esteban, de los innumerables cafés –lugar propicio para refugiarse del frío-, de la buena cocina y de la famosa tarta Sacher, de chocolate. Y ya se sabe: “El que tiene retiene”. Viena es un todo, te deslumbra



vayas por donde vayas, desde luego dentro de lo que se entiende por núcleo duro de la ciudad. A mí me marcaron una ruta que seguí a mi manera, a veces merece la

pena perderse. Me sorprendió el edificio del Ayuntamiento (*Rathaus*), enmarcado por el ambiente navideño que se respiraba en el parque situado enfrente, con un mercado donde abundaban las figuras para adornar los belenes y los puestos de comida. Vi el edificio de noche y de día y no sabría decir cuál de las visiones despertó más interés en mí. Su estilo es gótico y fue diseñado por Friedrich von Schmidt y construido entre 1872 y 1883. En lo alto de la torre se encuentra el *Rathausmann*, una escultura dorada de 3,5 metros de altura que representa la figura de un portaestandarte y que se ha convertido en un símbolo de Viena.

No lejos de allí te tropezarás, casi inevitablemente, con el Parlamento de Austria, construido como parte del proyecto de renovación de la Ringstrasse. Se trata de un enorme edificio de estilo neoclásico, cuya construcción comenzó en el año 1874 y se vio terminado diez años después.



Ya casi en el centro de la ciudad se encuentra el Palacio Hofburg. Puede asegurarse que es el lugar más visitado de Viena. Fue la residencia de la mayor



parte de la realeza austriaca y durante más de 600 años el lugar de residencia de los Habsburgo. Actualmente es la residencia del presidente de la República. El palacio alberga el museo de Sissi y los salones imperiales. En sus

edificios se encuentran también la *Escuela de equitación española* y la *Biblioteca nacional*, considerada como una de las más hermosas del mundo, donde destaca la sala barroca Prunksaal con sus columnatas de mármol y estanterías de madera maciza que ascienden a metros de altura. Y ya en el pleno centro, ahora sí, en el auténtico corazón de la ciudad, tendrás que enfrentarte con la, para mí, verdadera sorpresa de la catedral de San Esteban, testigo de múltiples eventos de la historia de Austria. Pudiera decirse que la ciudad gira en torno a ella. He dicho sorpresa y digo bien, no sabría decir con seguridad en base a que razón, pero lo cierto es que una vez dentro te deslumbra el repentino impacto de una visión insospechada, o



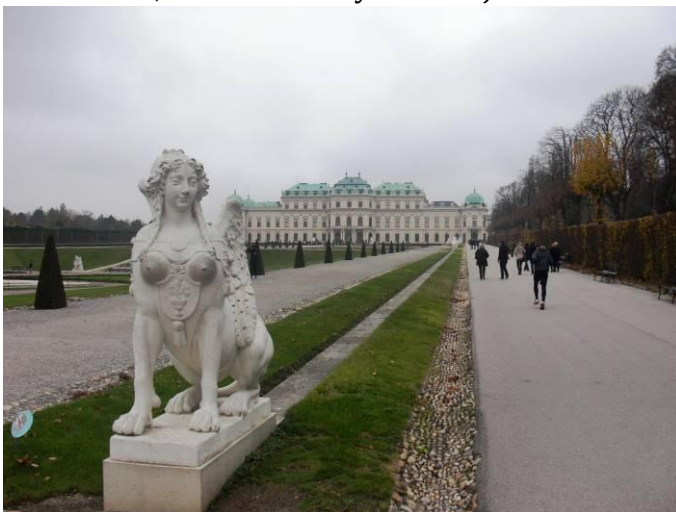
por lo menos eso fue lo que a mi me sucedió. Alberga los restos mortales de gran parte de los miembros de la familia Habsburgo y fue el lugar de boda y posterior funeral del magnífico Mozart. El edificio experimentó varias reformas y ampliaciones a lo largo de su historia, siguiendo distintos estilos

artísticos. El interior consta de tres naves y numerosos altares. Llama la atención el denominado altar de Wiener Neustadt, del año 1447, que tiene la característica de ser transformable.

En la famosa calle peatonal Graben, la más elegante de todas, que nace precisamente de la plaza de San Esteban, situada delante de la catedral, se encuentra la columna barroca de la Peste, mandada construir por el emperador Leopoldo I para agradecer la finalización de una epidemia que azotó a toda Europa y que se nos ofrece como una iconografía a todas luces tan llamativa como complicada. Constituye uno de los monumentos escultóricos más conocidos y visitados. La calle Graben recibe su nombre, que significa foso o zanja, de que originariamente se encontraba ahí la defensa que construyeron los romanos para proteger Vindobona, la Viena romana.



Para terminar, dentro de mis limitadas posibilidades de tiempo, como casi siempre, todavía me quedaron unos apurados y bien aprovechados restos para, caminando, acercarme al ya más lejano Belvedere, situado en la calle Prinz-Eugen-



Strasse, con sus dos magníficos palacios, el Alto y el Bajo Belvedere, que fueron elegidos en el siglo XVIII como residencia de verano del célebre general austriaco Príncipe Eugenio de Saboya, quien elegiría para su construcción a uno de los más destacados arquitectos del barroco, Johann Lukas von Hildebrandt. El palacio y sus jardines constituyen una de las más espléndidas obras

arquitectónicas barrocas del mundo. El Alto Belvedere alberga la excepcional colección de arte austriaca que abarca desde la Edad Media hasta el presente. En el piso superior acoge la galería austríaca de los siglos XIX y XX que, entre otras, muestra la conocida obra de Gustav Klimt, *El Beso*. El esplendor de las habitaciones y salas de estado del príncipe Eugenio en el Bajo Belvedere resulta impresionante. La firma del Tratado de Estado de Austria ocurrió en el Belvedere el 15 de mayo de

1955, lo que significó para Austria la independencia después de la *Segunda guerra mundial* y el fin de alrededor de diez años de ocupación de los aliados.

Viena Ayer y Hoy, testigo de avatares desgraciados, renacida de un pasado esplendoroso, abierta de nuevo a la ilusión, que ya nunca desaparecerá del montón de mis recuerdos, porque, como dijo Zweig, “sólo aquello que yo quiero conservar tiene derecho a ser conservado para los demás”.